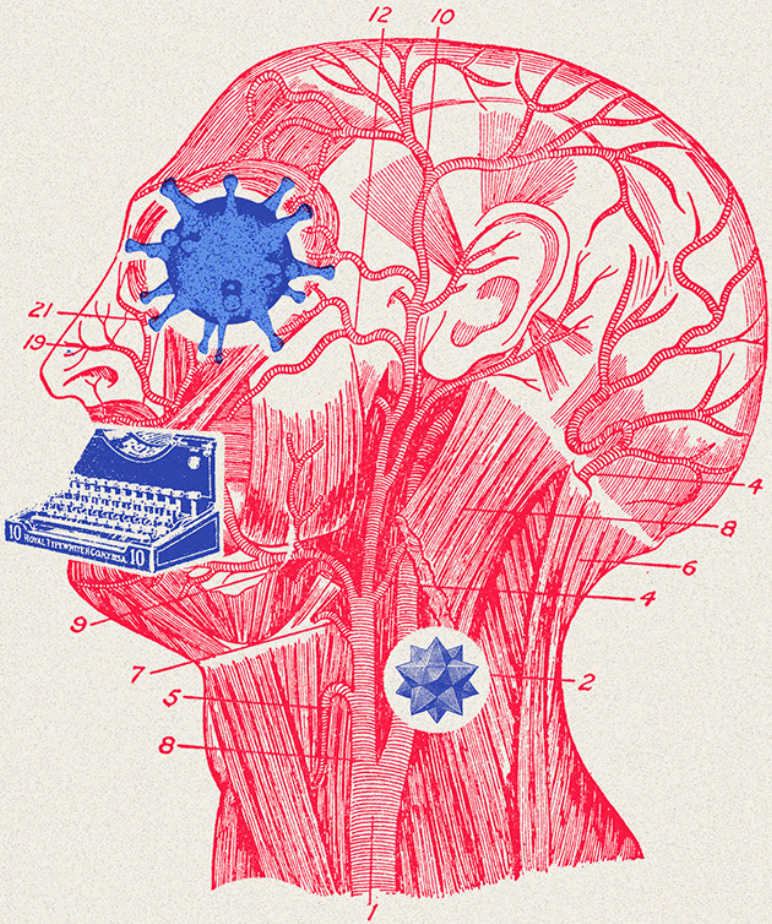
# RELATOS VÍRICOS




ANTOLOGÍA SEROPOSITIVA

SÁCATE LA DUDA

Esta publicación se hace con motivo del primer Concurso de Escritura Creativa “Nadie hablará del sida cuando estemos muertxs”, en el marco del Inspira Fest 2020 “Activando la revuelta” y con motivo del 1º de diciembre, Día Mundial de la lucha contra el sida. Esta antología recopila los textos ganadores y menciones honoríficas de cada una de las categorías: cuento o relato breve, poesía y ensayo creativo.

Relatos Víricos | Antología Seropositiva
Volumen I

Dirección editorial: Axel Rodrigo Bautista Pérez
Coordinación editorial: Alan Betanzos y Rogelio Valerio Rivero
Diseño editorial: Rogelio Valerio Rivero
Diseño de ilustraciones y portada: Alan Betanzos

1a edición, julio de 2021

Inspira Cambio A.C.
Insurgentes 51, int 601, Col. San Rafael, Alcaldía Cuauhtémoc. CP. 06470
Ciudad de México.
sacateladuda.inspiracambio.org

Obra publicada bajo Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0). Eres libre de compartir, copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato. No puedes hacer uso del material con propósitos comerciales.

Atribución - Compartir bajo la Misma Licencia - No Capitalista

# Relatos Víricos

ANTOLOGÍA SEROPOSITIVA

VOLUMEN I

inspira

SÁCATE·LA DUDA

*Para todxs aquellxs cuyas voces han sido silenciadas. Para quienes ya no están. Para quienes murieron en el camino y para quienes construyeron el camino.*

*Para quienes siguen aquí, para quienes alzan la voz y para quienes no pueden alzarla.*

*Para quienes han escrito sobre el sida, para quienes siguen escribiendo y para quienes escribirán.*

*Para quienes han sido enjuiciadxs "por riesgo de contagio", para quienes han sido asesinadxs por vivir con VIH, para quienes se les ha negado un trabajo, para quienes se les ha discriminado y para quienes siguen resistiendo la serofobia.*

*Para quienes viven con VIH y para quienes viven con sida.*

**Índice**


Prólogo . . . . . .6

Voces del jurado . . . . . .10

¿Quién debe hablar a nombre del SIDA? . . . . . 10

El VIH soy Yo . . . . . .13

Por más voces de personas que viven con VIH . . . . . 17

Cuento / Relato . . . . . 21

MENGUANTE . . . . . 23

¡Adiós, Chernóbil! . . . . . .24

Junta extraordinaria . . . . . 29

El juego antirretroviral . . . . . 32

Feliz año nuevo . . . . . .33

Poesía . . . . . .38

Demolición controlada . . . . . .40

Desazón (a Abigael) . . . . . 44

La sal no se pasa de mano en mano . . . . . .47

24 horas de vida . . . . . 50

Guppys reales . . . . . 53

Ensayo creativo . . . . . .55

Más allá de la metáfora . . . . . 57

Historia celestial del SIDA en México . . . . . .63

Vida control y muerte: Biopolítica del VIH/SIDA . . 70

Ni así nos rendimos, ni por más nos callaremos . . . . .77

Tríptico de nuestra enfermedad . . . . . .83

PRÓLOGO

# ¿Por qué escribir?

Por Axel R. Bautista

Porque es existir a través de las letras, resistir a través de los versos, apalabrar nuestros silencios, escribir nuestros gritos. Con la escritura nos inventamos y también nos construimos. Nos hacemos, nos destruimos. Nos observamos a nosotrxs mismxs, a lxs demás, a nuestro pasado, a nuestro futuro y a nuestro entorno. Con la escritura buscamos hacer historia, o re-hacerla. A veces quizás sólo mirarla y ser testigxs de ella.

La escritura es desahogo y catarsis. Porque a veces nos permite sacar eso que no podemos expresar o que no sabemos cómo. Es confesión, pero también protesta. Es un conjunto de silencios que por fin encuentran salida y mueren, porque se han convertido en ruido. Pero también es una suma de ruidos que logran encontrar forma dentro del tormento que estaban ocasionando en la mente y el corazón. Se vuelven paz, aunque sea momentánea, y logran ser paridos, nacidos y manifestados.

Este primer concurso de escritura creativa, "Nadie hablará del sida cuando estemos muertxs", cuyo nombre se inspira en el título del texto de Sejo Carrascosa, dentro de la compilación *El libro de buen amor. Sexualidades raras y políticas extrañas,* de Fefa Vila Núñez y Javier Sáez del Álamo, es el primer intento de Inspira Cambio A.C. para abrir nuevos espacios y canales de diálogo y comunicación desde la experiencia seropositiva a través de la escritura. Se llevó a cabo en el marco del Inspira Fest 2020 y en aras del 1° de diciembre, Día Mundial de la lucha contra el sida.

Porque el VIH no es algo que sólo exista en la sangre y que se limite a medicamentos, consultas médicas y cargas virales. El VIH también invade nuestras vidas, nuestras emociones y nuestras cotidianidades. Está ahí, en nuestros deseos, en nuestras fantasías, en nuestros anhelos y en nuestros sueños; pero también en nuestros miedos, nuestros temores, nuestras tristezas, nuestros enojos y nuestras decepciones. Porque la experiencia seropositiva es ya en sí un acto fenomenológico de vivir la realidad y de sentirla.

Pero vivimos en una sociedad donde las voces seropositivas se encarcelan, se asesinan o en el mejor de los casos, simplemente se silencian. Y es que pareciera que hablar y escribir de VIH o de sida es ya un peligro social que nos pone a todxs en "riesgo de contagio", y se vive como una amenaza a la "castidad" y el "puritanismo"

de una sociedad que constantemente niega y castiga la diferencia. De ahí que hablar de sida y la experiencia de vivir con VIH, desde la misma experiencia seropositiva, es por sí mismo un acto de protesta y rebeldía que busca romper las normas de lo proscrito a partir de construir un nuevo saber. Es un acto que exige la palabra para unx mismx y así transcribir su propia historia, es decir, nuestra historia.

Porque nadie hablará del sida cuando estemos muertxs, porque cuando eso suceda seremos unx más, la siguiente víctima, aquella que se lo merecía por apestadx o promiscux. La persona que no se esforzó por tomarse el medicamento ni por adherirse a él. La persona que fue irresponsable con su salud. Seremos la puta, el maricón, la mujer fácil, el bisexual de clóset o la víctima de alguien más que "lo contagió". Seremos unx sidosx más que no la logró, un número más en las estadísticas, un cuerpo más en el salón de belleza de Bellatín.

Seremos todo menos lo que nosotrxs realmente somos, fuimos y seremos. Y al final, el sida y el VIH quedarán en el pasado y con ellos, la historias invisibilizadas de todas aquellas personas que los tuvieron.

Nadie hablará del sida cuando estemos muertxs mientras nosotrxs mismxs no seamos quienes hablemos de él, escribamos sobre él y le robemos la palabra a la medicina, a la clínica, a los gobiernos, a los medios de comunicación,

a la sociología, a la antropología, a la psicología y a todos esos discursos que quieren someter nuestra seropositivad a sus estructuras lingüísticas y semánticas que nos deshumanizan y nos reducen a un simple virus.

Gracias a todas las personas que se sumaron a este proyecto enviando sus textos, compartiendo sus pensamientos y emociones, y abriendo su intimidad. A les querides miembres del jurade, cuyo talento y trayectoria fue crucial en este concurso y, gracias, así como también muchas felicidades, a todxs lxs ganadorxs que desde el cuento, la poesía o el ensayo nos compartieron un poco de la esa experiencia seropositiva y de la urgencia de seguir hablando de sida y VIH en la actualidad. Esta Antología es suya.

Y usted queridx lectorx, que apenas empieza a leer esta pequeña Antología Seropositiva, sea usted bienvenidx al sida y a navegar entre los diferentes relatos víricos que la componen. Déjese atrapar y permítase el contagio de todas las emociones, sentimientos y reflexiones que estas letras seropositivas puedan causarle. Y que el VIH no viva en nuestros prejuicios, sino sea parte de nuestra empatía.

# ¿Quién debe hablar a nombre del sida?

Luis Manuel Arellano, miembre del jurade del Concurso de Escritura Creativa de Inspira Cambio A. C.

El estigma es el factor que perfila la vida de quienes reciben el diagnóstico de Virus de Inmunodeficiencia Humana. La condición de "enfermo", "peligroso", "culpable", "irresponsable", "sucio" o "pecador", entre otras expresiones asociadas con el binomio VIH/sida, configuran una categoría social que marca la existencia.

Esta es una de las razones por las cuales muy pocas personas asumen públicamente el diagnóstico. En 1987, ante la Asamblea General de las Naciones Unidas, el doctor Jonathan Mann advirtió que el estigma y la discriminación iban a convertirse en el lastre de la lucha internacional contra la epidemia. Mann fue el primer director del Programa de la ONU sobre el sida, que en 1985 se convertiría en el Programa Conjunto de Naciones Unidas para el Sida (ONUSIDA). En 1987 falleció junto con su esposa en un accidente aéreo, dentro de sus actividades en la Organización Mundial de la Salud.

A Mann le bastaron pocos años para percatarse que de las tres fases en que conceptualizó la epidemia, sería la última la que se iba a proyectar de forma explosiva y peligrosa. La primera fase se configuraba con la transmisión silenciosa del VIH, la segunda la fase era propiamente la del sida y la tercera fase se refería el impacto social de las dos primeras, es decir, el impacto en materia de derechos humanos a consecuencia de la discriminación que su estigmatización generaba y que sigue generando.

¿Cómo detener el impacto del diagnóstico? ¿Cómo lograr que el VIH deje de relacionarse con la descalificación y mucho menos con la violencia que desata su sola invocación en contra de la población afectada? Las estrategias impulsadas para enfrentar su estigma y las variadas expresiones de discriminación han tenido un limitado efecto porque la palabra sida sigue siendo un insulto. Insulto que se incrementa si, además, la persona diagnosticada forma parte de poblaciones previamente estigmatizadas.

Algunos colectivos y organizaciones civiles -como Inspira Cambio, AC- están impulsando acciones afirmativas donde personas que viven con VIH abren su diagnóstico al escrutinio público. No se trata de una medida nueva pues desde los años ochenta hubo en México activistas que dieron a conocer su estatus serológico como medida de incidencia social. Asumir públicamente este diagnóstico ha sido un recurso en

paralelo para hacerle frente al estigma que, sin duda alguna, tuvo y sigue teniendo impacto.
El Concurso de Escritura Creativa "Nadie hablará del sida cuando estemos muertxs", impulsado por Inspira Cambio, tuvo como propósito dar voz precisamente a personas con diagnóstico de VIH a través de la palabra escrita. La convocatoria tuvo respuesta y los trabajos ganadores han sido reconocidos. Está claro que si hubieran sentido temor a compartir su diagnóstico tampoco podrían haber concursado y mucho menos ganado.

Este valioso ejercicio de afirmación a partir de la experiencia de vivir con VIH constituye una buena práctica frente a la tercera fase de la epidemia que Mann identificó hace 34 años. Esa visión prospectiva se sustentó mediante la identificación de indicadores compartidos en diferentes países y en los medios de comunicación que etiquetaron, denigraron y violentaron la dignidad así como los derechos de miles de enfermos, de sus familiares, de sus parejas, de sus amistades y de sus comunidades.

¿Quién debería hablar por el sida? Sin duda y en primerísimo lugar quienes viven con el diagnóstico. Esa es la premisa que ofrece Inspira Cambio. Dar la voz, dar la palabra, dar el argumento y dar la razón a quienes compartan la premisa de plantar cara al estigma que esta epidemia sembró y que nuestros referentes culturales, religiosos, institucionales pero también comunitarios siguen alimentando de muchas formas.

# El VIH soy yo

Antonio Bertrán, miembre del jurade del Concurso de Escritura Creativa de Inspira Cambio A. C.

La primera vez que escuché a personas de una población disidente a la hegemónica reivindicar su derecho a hablar en primera persona sobre su condición y problemáticas fue hace muy poco.

Ocurrió el 27 de abril de 2018 en el marco de la Fiesta del Libro y la Rosa de la UNAM, en Morelia Michoacán, durante una mesa en la que participaban tres mujeres y dos hombres trans, todes jóvenes y con estudios universitarios. No era gratuito que su título fuera Transexualidad en la academia.
Palabras más, palabras menos, la en ese momento alumna de estudios sociales y gestión colectiva Edén Valdivia, sostuvo:
“Solo las personas trans podemos hablar sobre nuestro proceso para asumir y vivir nuestra identidad de género, nadie más”.

La estudiante de 22 años era también la coordinadora de la Red Michoacana de Personas Trans, a la que pertenecían no pocas trabajadoras sexuales.
Como periodista cultural enfocado a los temas de la diversidad sexual me sorprendió tal afirmación,

incluso me dolió un poco dada la inclusión de diversas personalidades LGBTTTIQ+ que, para visibilizar a sus poblaciones, trataba de hacer en la columna Nosotros los jotos, entonces publicaba cada martes en el tabloide Metro.

Sentado a mi derecha estaba Gerardo Ortega, la Mema, un activista que en Ciudad Nezahualcóyotl ayudó en los años 80 a las vestidas tanto entrándole a los putazos con la represora chota como recibiéndolas en su casa. Al final de la disertación tomó la palabra para expresar lo mismo que yo pensaba: que las trans más bien debían valorar y aprovechar el apoyo que los gays podíamos brindarles para sumar esfuerzos a su causa.

Me tomó tiempo y no poca reflexión reconocer que no se trataba de un acto de discriminación, y desmontar de mi cabecita loca esa hegemonía que los hombres homosexuales, no pocas veces desde el machismo y una homofobia internalizados, seguimos ejerciendo sobre las demás poblaciones de la diversidad sexogenérica y sus circunstancias, tan específicas.

Nadie tiene más legitimidad e incluso sensibilidad para hablar con todos sus matices sobre una realidad, que las personas que la viven. Afortunadamente hoy ocurre con mayor frecuencia el acto de reivindicación política por el que se arrebata el micrófono a los autoerigidos voceros de un sector social o estado existencial para hablar sonoramente desde un empoderado "Yo".

Esto es particularmente pertinente en las personas que vivimos con VIH. Ningún doctor en salud pública, por más especializado que esté en el estudio y la "respuesta" al culero virus de la inmunodeficiencia humana, podría narrar con mayor precisión y humana emotividad, por ejemplo, la depresión que llega a causar el hoy cada vez menos recetado antirretroviral Efavirenz. Y sobre todo lo que significa para un paciente haber encontrado el camino de regreso de ese infierno, con la resultante convicción de hacer todo lo posible para jamás volver a tan desolado lugar.

Tal especialista ni siquiera se permitiría utilizar públicamente un adjetivo tan iluminador como "culero" para calificar al VIH, porque al ser así políticamente incorrecto correría el riesgo de perder alguna beca o financiamiento de un organismo internacional para continuar con sus investigaciones desde una aséptica condición de serodiscordancia. Un sobreviviente al sida —pongamos una trabajadora sexual trans enfrentada a otros estigmas— no tiene otro compromiso que el que consigo misma quiera fijar.

De ahí el valor y lo valioso de quienes desde los versos, la reflexión ensayística o el sabroso acto de contar un cuento, pero sobre todo desde su soberana condición para enunciar parafraseando al Rey Sol: "El VIH soy yo", participaron en el primer concurso de escritura creativa Nadie hablará del sida cuando estemos muertxs. Organizado por Inspira Cambio en el marco del Día

Mundial de la Lucha contra el VIH/SIDA 2020, es muy significativo que tuviera una nutrida participación justo cuando nos sobrecogía otra culerísima pandemia, la de Covid-19.

Como jurado del rubro de cuento quiero transparentar que si bien evalué en cada uno de los 19 textos recibidos aspectos formales relativos a la eficacia narrativa, por una convicción de arrostrar positivamente el ser VIH+ escogí, respecto al fondo, las anécdotas que además de desbordar honestidad no caían en los clichés de dramatismo barato.

Acepté con alegría esta tarea por la admiración que tengo al trabajo comprometido de Inspira y el cariño que profeso principalmente a sus miembros, a pesar de que no me hizo feliz que el título del certamen tuviera cierto matiz, más que realista, pesimista con la palabra "muertxs".

A una semana de cumplir 55 años, y en plena exigencia pública para que en México se deroguen de los códigos civiles los artículo que criminalizan el riesgo de contagio por parte de una persona que vive con VIH, tengo la esperanza de no morir antes de atestiguar que la ciencia venza al virus más estigmatizante de la historia reciente. Mientras tanto es muy necesario que sigamos usando la primera persona para con nuestros testimonios diversos abonar a la articulación de una narrativa íntima, esclarecedora y libre de prejuicios porque, y aquí permítanme cambiar el enfoque, nadie hablará del sida cuando estemos a salvo.

# Por más voces de personas que viven con VIH

Mildred Pérez de la Torre, miembra del jurade del Concurso de Escritura Creativa de Inspira Cambio A. C.

La primera persona con VIH que conocí fue a mi tío Germán. Él no nació con VIH. No tengo idea de cómo lo contrajo. Solo sé que un día, después de mucho tiempo sin verlo, coincidimos en casa de mis abuelos. No lo reconocí. Yo recordaba a mi tío como un hombre corpulento con el pelo muy negro, pero él había cambiado: ya no tenía el pelo negro, sino canas; su piel era de un tono verdoso; se veía muy débil; estaba flaquísimo.

Yo tenía 10 años y a esa edad no sabemos disimular. Me impacté al verlo, pero me sorprendí mucho más cuando mi abuela me dijo: «Ven, Mildred, saluda a tu tío Germán».

Poco tiempo después, mi papá llegó una noche a casa desconsolado. Se había muerto su hermano. Nunca lo

he vuelto a ver llorar así.
Ya en la prepa, en alguna clase nos estaban informando sobre el VIH y el sida. Mientras escuchaba, recordé a mi tío Germán. Fue entonces que pensé: ¿de qué murió? Nunca pregunté. Nadie me dijo. Así que cuando vi a mi papá lo primero que hice fue preguntarle de qué había muerto mi tío Germán. Su respuesta fue automática y tajante: «De una pulmonía fulminante». A mí se me hizo raro que un hombre de 36 años, grande y corpulento como el tío Germán, pudiera morirse de una pulmonía. Ahí empecé a sospechar que quizá él tenía VIH y cuando lo vi por última vez estaba en fase sida, a punto de morirse.

Para saber la verdad, me acerqué a mi abuela y le pregunté lo mismo: «Abuela, ¿de qué murió mi tío Germán?». Parecía que se habían puesto de acuerdo: «De una pulmonía fulminante».

Eventualmente, mi papá me dijo la verdad. En efecto, mi tío Germán había muerto «de sida». Hoy sabemos que, si contraes VIH y no te haces la prueba, no vas a enterarte. Y si no lo sabes, no vas a tomar tu tratamiento antirretroviral. Y si no te tratas, llegarás a fase sida, como mi tío, y alguna infección o enfermedad oportunista terminará por derrotarte.

Mi tío murió el 28 de junio 1992 —aniversario de los disturbios de Stonewall— en pleno Mes del Orgullo LGBT+; supongo que adquirió el virus a principios de

los años 80. En esa época, en México había muy poca información sobre el VIH. No había pruebas rápidas y gratuitas. No había un tratamiento eficaz. Cuando el tío Germán supo lo que le pasaba, ya era demasiado tarde.

Décadas después fui invitada a ser parte de una campaña de prevención del VIH de la mano de AHF México. Aprendí muchísimo. También me hice mi primera prueba rápida y gratuita de detección. Salió no reactiva. Pero si hubiera salido reactiva, yo habría tenido muchas más posibilidades de llevar una vida sana y plena como cualquier otra persona, siempre y cuando tomara mi tratamiento antirretroviral.

Mi tío Germán nunca pudo contar su historia. Yo la cuento aquí, pero nunca será lo mismo. Por eso es tan importante que, cada año, se hagan concursos de escritura creativa como el realizado por Inspira A. C. Solo quienes viven con VIH pueden contarnos las cosas como son y escribir con las entrañas, con el corazón.

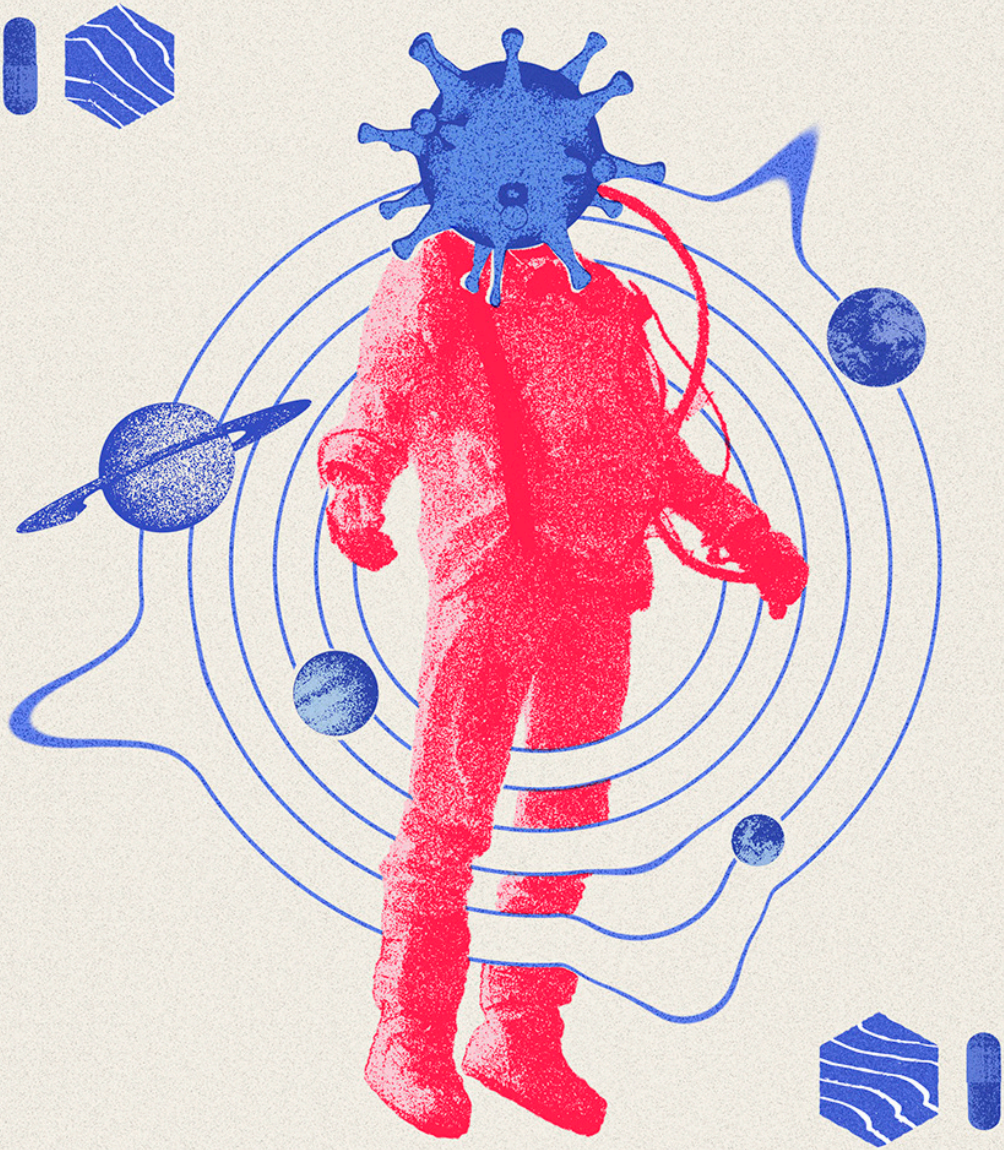
Las personas con VIH han sido —y siguen siendo— discriminadas, violentadas e incluso asesinadas por el simple hecho de vivir con VIH. Es urgente escuchar las voces de esta población que merece ser tratada con dignidad, respeto y admiración. Sí, admiración. No cualquiera se levanta y sale victorioso ante las adversidades.

Necesitamos leer más voces además de mi favorita: la del activista y defensor de los derechos humanos de quienes viven con VIH, Alaín Pinzón. Necesitamos leer más historias hermosas y reales de personas como el periodista Pável Gaona, quien está felizmente casado con su esposo, con quien forma una pareja serodiscordante. Necesitamos que más gente comprenda que el VIH ya no es sinónimo de muerte y que, si te haces la prueba y te tomas tu tratamiento antirretroviral en caso de que hayas contraído el virus, vas a estar bien porque serás indetectable, e indetectable es igual a intransmisible.

Todas estas voces que están allá afuera pueden ayudar a cambiar las mentes de quienes, por ignorancia seguramente, siguen creyendo que una persona con VIH es un peligro. Más bien, el verdadero peligro son las personas que niegan un crédito hipotecario a un hombre gay solo por vivir con VIH; las que le dicen «pinche sidoso» a alguien que visibiliza su estatus en apps de ligue; las que son dueñas de cuentas de Twitter donde exhiben y sacan del clóset a quienes viven con el virus; las que asesinan y queman a un ser humano por el simple hecho de vivir con VIH, como ocurrió en Cancún, Quintana Roo en junio de 2021. Esa gente es el verdadero peligro y no quien, por tener sexo sin protección, adquiere el virus. Quien nunca haya cogido sin condón que tire la primera piedra.

¡Felicidades a los organizadores y a todos los ganadores!

# Cuento / Relato



cuento **relato**
**cuento** relato
cuento **relato**

relatos víricos
**relatos víricos**
relatos víricos

# MENGUANTE

Luis Lunes

¿Dónde diablos te habías metido? Cala el frío y no tarda en llover. La última vez que vine a platicar contigo irradiabas energía de cada músculo de tu otrora trabado cuerpo mientras trotabas muy narciso y ahora de plano luces oxidado porque hasta arrastras los pies, y vas deshojando las miserias de tu otoño. ¿Te carcome mi olvido? ¿Te alcanzó mi desesperanza? ¿Te venció mi guerra? O... ¿qué "pedo"? ¡Ah! ¡Ya! Me tienes miedo cuando te hablo. Ja,ja,ja,ja. Anda. Te resta cruzar esa hilera de maltrechas bancas grafiteadas, te garantizo que a estas horas ya nadie susurrará uno de esos perversos "eit, eit" que tanto te gustan, pero que ahora -¡patético impotente!- no puedes responder. Eso sí, en esta oscuridad cegadora es imposible esquivar y no terminar por pisar la mierda que han dejado los paseantes vespertinos y sus perros. ¿Qué vas pisando qué...? ¡Pinche puerco! Pero bueno, supongo que en nuestra condición es difícil controlar el esfínter. ¡Ánimo! Sólo –y solo- yo te espero. Nadie más olerá tu vergüenza cuando lleguemos. Aún tenemos tiempo para tragar los malditos antirretrovirales y postergar nuestra despedida. Sí sabes que, a pesar de ti, te amo. ¿No es así? Por cierto, qué hermosa luce esta noche la luna en menguante.

# ¡ADIÓS, CHERNÓBIL!

Miguel Parpadeos

Toño llegó jadeando, mientras veía a otra pareja subir al elevador. Habían pasado siete minutos de la hora acordada, los suficientes para hacerme dudar y huir del motel. Cuando me acerqué a saludarlo, me abrazó con la misma fuerza en que dos viejos amantes se reencuentran. Esta reacción me sorprendió. Después de la plática de hace unos días, lo primero que esperaba era que me dejara plantado, que me borrara de su vida. Pero no lo hizo. No cambió de opinión y aquí estaba frente a mí, en lugar de estar con cualquier chico, dispuesto a alquilar una habitación en uno de los tantos moteles de Tlalpan.

Fue el 18 de diciembre de 2018, unas horas después de hacer compras navideñas. Estaba sentado, jugando con el cordón de mi sudadera. Frente a mí estaba la doctora, sosteniendo los estudios en sus manos. Ella me insistió en que me calmara, que no era una sentencia de muerte y que estaría bien. Estoy seguro que de su boca salieron otras palabras, pero dejé de escucharla cuando dijo que el resultado lo formaban tres letras: VIH. Bastaron unos segundos para ver cómo se escapaba de mis manos la posibilidad de terminar una carrera, tener un trabajo, viajar, salir con mis amigos, tener mi propio despacho, volverme a enamorar.

No se me escapaba la juventud; era la vida. Por primera vez sentí a la muerte respirar en mi cuello, o eso me hice creer.

Después de trescientas ochenta y siete dosis del antirretroviral, la doctora me daba otro panorama: el virus seguía en mínimas cantidades en mi cuerpo, las suficientes para no transmitirlo. Por si fuera poco, mis últimos estudios indicaban que mi cuerpo funcionaba como el de cualquier chico de mi edad. Podía seguir mi vida como si nada, siempre y cuando no dejara de tomar el medicamento. Era normal y seguiría con una vida normal.

En lugar de alegrarme por tan buenas noticias, me sentía confundido porque no entendía cómo podía ser posible. Cuando comenté con mi familia que tenía VIH, mi papá golpeó la pared al mismo tiempo que mi mamá disimulaba el rostro de preocupación. Durante un par de semanas, una botella de cloro fue puesta a un costado de la taza del baño. Mi ropa no se volvería a lavar con la de los demás. Los platos que ocupaba para la cocina eran lavados aparte con mucho más esmero.

Cuando entendieron que no era un peligro, dijeron que me iban a apoyar, que saldríamos de esto juntos. Supe lo afortunado que era, porque no todos corren con la misma suerte.

En una clase de la secundaria, había escuchado del terrible accidente nuclear en Chernóbil, sobre cómo se convirtió en una zona a la que estaba prohibido estar por

los altos niveles de radioactividad. Sin darme cuenta, me había convertido en esta ciudad. Era Chernóbil. Sabía que no se transmitía con un simple saludo de mano, el tocar una silla o escupir una gota de saliva de mi boca al hablar; sin embargo, me percibía como un peligro para cualquier persona con sólo estar a mi lado. Ahora, la misma doctora que me había dado el diagnóstico, era la misma que me reafirmaba que era normal, lo suficiente para poder tener sexo de nuevo y sin condón.

Al salir del consultorio me preguntaba si un chico radioactivo podía volver a coger o, mejor dicho, si tenía el derecho. En más de una ocasión que me topé con una publicación en Internet sobre el virus, leía el mismo tipo de comentarios: es nuestra culpa por ser jotos, por andar de calientes, por no cuidarnos; que todos éramos unos pinches sidosos, que ojalá muriéramos. Por más que uno trate de evitarlos, resurge la herida de culpa, que tal vez es un castigo.

Tuvieron que pasar varios días para que bajara una aplicación de ligue. Había renunciado a ellas porque estaba cansado de repetir la misma historia de hablar con chicos atractivos sin llegar a ningún lado. Empezábamos a romancear con frases cursis, mensajes de buenos días, hasta que me caía el veinte que, si lo enamoraba, tendría que confesarle que tenía VIH y sufrir el rechazo. En otras ocasiones, las conversaciones subían de tono, nos masturbábamos con nudes que nos enviábamos y esperaba a que llegara la eventual invitación a coger en persona, que terminaba por ignorar para evitarme

de nuevo confesar mi secreto. Este último escenario estuvo a punto de ocurrir con Toño, de no ser por un instante de locura.

Le escribí, así sin más, que tenía VIH. A los segundos, su única respuesta fue una pregunta: "¿Y?" Al mediodía del sábado, nos quedamos de ver en un motel en Tlalpan cercano a los dos.

Una vez en la cama de la habitación, Toño se acercó, tomó mi mano y la llevó a su rostro. Acaricié sus cejas, su pequeña nariz, la comisura de sus labios, su lengua. Introdujo cada uno de mis dedos en su boca, saboreándolos sin temor alguno. En verdad me deseaba. Mientras nos quitábamos la ropa, no despegaba mi boca de la suya. Lo besé como hacía mucho que no besaba a alguien. Mi respiración agitada bajaba por su pecho, dirigiéndose hacia su entrepierna. Su pene estaba erecto, húmedo como todavía estaban mis dedos. Al voltearlo, recosté mi cuerpo sobre el suyo. Aunque era Chernóbil, solitario y aislado del mundo, sabía que el lugar volvió a ser seguro para que la gente lo visitara. Toño estaba por descubrir mis avenidas, mis refugios y detalles que por tanto tiempo me negué a mostrar.

Quería complacerlo, sin dejar de procurarlo en todo momento; más importante aún, quería cuidarme porque por primera vez en mucho tiempo sentía de nuevo lo mucho que valía. Me puse el condón y lo hicimos.

Al salir del motel, Toño me volvió a abrazar con la misma fuerza de antes para despedirse. Mientras estaba en el metro, me vi reflejado en el vidrio de una puerta. Quien estaba ahí no era Chernóbil, porque alguien por fin había recorrido aquel lugar de peligro sin tener que arriesgar su vida. Ahora aparecía de nuevo Octavio, con su cabello desaliñado y los hoyuelos en su cara al sonreír. Estaba de vuelta, o tal vez siempre había estado ahí. De nuevo era yo, el que siempre había sido y nunca había dejado de ser. Cuando salí de la estación, era libre como en mucho tiempo no me había sentido.

# Junta extraordinaria

Hantu

No soy una persona muy intensa. Vivo a través de las series de televisión y de la pornografía. Escucho a mis amigos y creo que tienen vidas llenas de aventuras y emociones. Mi psicólogo voltea hacia arriba los ojos por unas fracciones de segundo y creo que soy inapropiado en volver "otra vez a lo mismo" y me gustaría decirle que tuve un día luminoso y lleno de felicidad, que había vida en mis venas pero sería mentirle y mentirme.

Casi será una década que recibí el diagnóstico de vih. Al repasar una y otra vez mi vida y sus escenas pienso que la infección es lo más emocionante que me ha pasado. Duele que sea así y que no haya algo más.

Veo las redes sociales de activistas y asociaciones y me siento escindido: o dicen que todo es igual, que los derechos, que indetectable = intransmisible, que la vida tiene razón de ser. O por otro lado: que el gobierno, que el desabasto, que el trabajo, que la homofobia y serofobia. Cierro las redes con desazón y pesadumbre. Subraya mi terapeuta los sesgos y distorsiones de mis comentarios. Lo noto y me doy cuenta de ello, pero no puedo hacer que sean de otra manera y me frustro.

Un par de días después de mi diagnóstico, de manera casual e intempestiva en una oficina de mi trabajo se encontraban dueños, directores y subdirectores. Sin reparar en reflexiones, al verlos todos juntos decido pedirles un momento. Todos voltean a verme y dicen "Sí claro". A quemarropa comento "Soy vih positivo y quiero preguntar si esto es tema para esta empresa, así nos ahorramos tiempos y molestias". Silencio incómodo. Uno de los dueños interviene: "Por nosotros no hay problema". Fin de la conversación. Alivio y taquicardia.

Soy adherente, estoy sano, conservo a la fecha el trabajo. El tema no se toca con mis superiores a excepción de permisos para toma de muestras y consultas. Fin de lo emocionante en mi historia.

Mi expediente psicológico tiene palabras como baja autoestima, homofobia internalizada y creo que distimia. Esas hojas recuerdan mejor que yo la caída libre de mi vida sexual. A veces emergen en consulta unos encuentros ocasionales que yo mismo no tengo presente (y decrecen cada vez más).

Llega pandemia y aparte de la tristeza aparece el miedo. Otra hoja a mi expediente. Un poco de hipocondría por aquí, nosofobia por allá y algunas salpicaduras de rasgos TOC.

Largas secuencias de procesos terapéuticos, la luz es lejana, no soy joven, la desesperanza empapa, la soledad carcome.

Como una actividad de apoyo me llega al móvil un mensaje que dice: “Nadie hablará del sida cuando estemos muertxs” pero yo leo: “Nadie habla de mí aun estando vivo”.

# El Juego antirretroviral

OCELOTL

El juego consiste en hacerse la prueba del VIH/SIDA, si el resultado es negativo el participante abandona el juego, pero si el resultado es positivo el participante continuará jugando y tomando pastillas antirretrovirales para el VIH por siempre, hasta el final de su vida. El que no se las tome, pierde.

*Advertencia: Este juego puede provocar efectos realmente emocionales tales como adicción, miedo, depresión, agresividad y paranoia que puede llevar al participante a la extrema locura e incluso al suicidio. También puede tener efectos adversos como acidosis láctica, problemas del hígado y riñones. Se recomienda consultar a su médico antes y a medida que sigue avanzando en el juego.*

# Feliz año nuevo

Conejo Gutiérrez

Lo único que Diego quería en año nuevo era ver a su hermano otra vez.

Desde lejos se escuchaba el rumor de la música en el barrio Belgrano. Las mesas ya estaban en el patio y, mientras los niños corrían con explosivos en las manos, en todas las casas las madres preparaban la cena. En todas excepto en la de Diego, su madre los había abandonado hace ya mucho tiempo.

Su padre se sirvió otro vaso de ginebra y luego de vaciarlo de un trago, se dirigió a la cocina. Su cuerpo tan fuerte, que alguna vez sirviera al ejército, era un fantasma cansado y ennegrecido. Entró y vio a Diego inclinado sobre la cocina.

—¿Para qué mierda seguís con eso? —Dijo y luego eructó.

“Diego, sos tan diferente a tu papá”, decía su madre. Él era pequeño, casi aparentaba debilidad y su cuerpo menudo parecía apenas sostenido por sus hombros finos. Su padre enfurecía al verlo, “tenés los ojos negros de tu madre”, solía recriminarle.

Y esa mirada llevaba años atormentándolo. Ernesto sacó una botella de vino de la heladera y se sentó a ver cocinar a su hijo.

Luego de un segundo, golpeó la mesa con el vaso y dijo:

—No basta con tener un hijo puto, ahora otro.

Diego no dijo nada. Su padre levantó su manaza y se limpió los restos de ginebra del bigote con la manga de la camisa.

Así transcurrieron unos minutos en silencio.

—Luciano vendrá a comer... —dijo Diego con un hilo de voz.

Su padre estrelló su vaso contra la pared y salió disparado al baño.

—No quiero que venga ese maricón —gritó desde el baño.

Que fácil le resultaba a Ernesto esconderse, cuando su mujer se fue pasó todo el día en el baño; encerrado solo en la oscuridad como si fuera un inmenso cobarde.

—Hace años que no lo vemos —respondió Diego—. Además, yo quiero que venga.

Se escuchó un portazo, luego el silencio. "La familia es el peor enemigo", pensó Diego. Y le dolió tanto recordar esa efímera llamada y la decisión de Luciano de verlo, sabiendo que le quedaba tan poco tiempo por culpa de aquella enfermedad. Pero, aun así, había aceptado que viniera.

Tocaron la puerta tres veces, rápidas, consecutivas. Era Luciano. Diego sacó la bandeja del horno y corrió hacia la puerta. Su corazón latía con locura.

Cuando abrió, ahí estaba su hermano envuelto en un delicado vestido de cóctel. Gafas de sol a pesar de ser casi medianoche. Una dorada cabellera.

—¿Cómo estas, flaco? —le dijo con una sonrisa.

Lo tomó de los hombros con sus delicadas uñas color carmín, y lo besó dos veces en cada mejilla apenas apoyando el rostro. Llevaba una bandeja en las manos, la dejó sobre la mesa.

—Estoy bien, Luciano —respondió Diego.

-Luciana -corrigió él.

En ese momento, entró a la habitación su padre y con profundo dolor contempló a su hijo. Luciano, con las manos en la cintura, se paró erguido y dijo con una sonrisa de revista:

—Hola papá, ¿Cómo estás?

—¿Cómo voy a estar al verte así? —dijo mientras se acercaba alzando los puños.

Diego se interpuso entre los dos.

—Papá, hace un esfuerzo. Solo esta vez, por nosotros, por mamá.

Su padre bajó las manos y los miró largamente. Sus ojos, cansados de lucha, vieron el final de una guerra que había durado demasiado. Miró a Luciano, luego a Diego. Recordó aquella tarde de juegos en el parque, el sol, el fútbol. Vio la bandeja de Luciano sobre la mesa, eran sanguchitos, pensó en su ex mujer.

—¿De qué son? —Preguntó Ernesto y recordó a su mujer cortando el jamón y el queso, mientras él jugaba con los chicos en el patio.

—De palmitos y morrones —respondió Luciano llevándose las manos a la cintura.

—Siempre con tus cosas raras…

—Otras cosas me hacen mal... —dijo Luciano—. Es por las hormonas y el sexo anal, ¿viste?

—¿No podes ser normal? —preguntó Ernesto con una mueca de dolor.

Luciano se esponjó el pelo de un movimiento y con una sonrisa respondió:

—Para qué ser normal, si puedo ser fabuloso.

Ernesto derribó a su hijo de un golpe. Se trenzaron en una lucha en el suelo. Luciano le arañó el rostro, Diego intentaba en vano separarlos. Luciano logró arrastrarse afuera, mientras su padre cerraba la puerta a sus espaldas.

—¡No quiero que vuelvan, putos de mierda! —gritó su padre en la casa vacía.

Los hermanos se miraron bajo el cielo nocturno. El rostro de Luciano estaba enrojecido por los golpes. El reloj dio las doce y el firmamento se iluminó de colores y luz.

—Feliz año nuevo, hermano —dijo Diego.

Una lágrima recorrió el rostro de Luciano.

Se abrazaron y Diego pensó que, ahí entre las tetas de su hermano, el mundo era un lugar más cálido.

Poesía
Poesía
Poesía

poesía poesía
poesía poesía
poesía poesía
poesía poesía

relatos víricos
relatos víricos
relatos víricos

# Demolición controlada

(Para todos los maricxs del Edomex que han sido borrados de la historia)

Ahsoka Borderline

*"Escribo*
*para que el agua envenenada*
*pueda beberse"*
-Chantal Millard

Yo no aprendí a ser cuir en la universidad
no soy de esos maricxs blancos que se dicen muy perras
pero ignoran lo que es la rabia.
No soy un chacal empapado de sudor adolescente,
soy más bien desnudez indómita,
que a pesar de sus contradicciones no duda en dar la pisada en falso y andar de grindera.

¿Quién habita el perímetro de esta demolición controlada?
la necedad de olvidar el nombre del fuego
sólo para salir a buscarme todas las noches,
Porque yo camino descalzo para encontrar mis raíces.
¿Quién soy?
Un sidoso con la sangre acorralada en sus manos
dispuesto a disparar puñetazos,
como que la muerte de mis amigues merece ser vengada.

Mis palabras no son un manifiesto,
no hablo en nombre de las jotxs periféricas
no buscó su simpatía para coronarme (o crucificarme)
como reina gai en el próximo carnaval
mucho menos su aplauso para ganar un poetrý slam,
pero eso sí, la cinta amarilla que rodea la escena del crimen
donde tu cuerpo yace desnudo y atado,
(como esperando un amante),
es el cordón que nos ha hecho hermanes de sangre,
¿quién soy, si no digo somos?

¿quién es ese que no sale en la foto?
soy yo, tú, nosotros,
una mosca en el pastel,
ruido blanco,
un desierto que de repente llueve
y recuerda sus alas
antes de que la demolición comience
para volver, (todavía vivo), a la quietud del petricor
donde mi sangre habla:
¿toda esta tristeza de verdad es mejor que estar muerto?

Sí.

Hubo un día en que abrí los ojos y el amanecer tiñó de rojo mi piel,

se me rompió el aliento en mil pedazos,

como si acabara de nacer,

resulta que soñé con un auto morado

o quizá haya sido un color que no existe

pero el punto es que al despertar

comprendí que al final no habrá testigos de mi existencia,

ya ves que "el dolor no se puede compartir",

y ni hablar de la belleza,

pero desde lo profundo mi corazón, fantasma escarlata, me susurró:

"eres lo que amas".

Vivo porque no hay sepultura para esta lluvia infinita que todo arde.

# Desazón (a abigael)

Dashera

Nosotros somos los del ano prieto.

Compuestos de semen. azt. sangre. orina. atripla. poppers. saliva. keta. truvada.

Segregadas al rincón, rezando avemarías para limpiar la vergüenza del padre que se fue por cigarros, hemos tallado nuestras rodillas a las lágrimas de nuestras madres.

Pero por más que le talle con jabón roma, la aroma permanece, la espuma no me limpia, el prepucio no desliza.

Le agarro paciencia al dolor, desconectar el ruido de mi propio cuerpo, de mi misma sangre- a lo mejor la historia de la vida es andar de puto, entre sábanas de hoteles escondernos y recordar las miradas de vergas que son ajenas; florecer el ano en los brazos de la noche y sus almohadas.

*Sudaba diamantina, la melodía de la última canción pop del momento y lloraba a nuestros exes en la pista de baile, entre tacones y corsets estrujados. Me llevó a lo obscuro, me besó y prometió, me fue fiel, duramos una vida y varios años, siempre usamos condón, mas callábamos los deslices, los a pelo, los vacíos, las horchatas, las cachetadas y las mentadas de madre, las caricias abultadas, los abrazos amoratados, los besos, los nombres de esos besos, las madrugadas, las heridas y sus noches, la sangre y su viscosidad, el semen y sus nutrientes, los orgasmos y sus mentiras…*

Ojalá el amante nos olvide, ojalá el mayate nos cobije, ojalá el olvido nos olvide. Pero el amor ciega, el amor perdona, el amor dura lo que la erección aguanta a mis arcadas; ¿no quisieras tomarme de la mano y salir a metrear? ¿no quisieras solo tomar mis labios y humedecerlos con promesas? ¿no quisieras nomás quererte?, ¿no quisieras quizás perdonarte?

Miro mi piel y la de la espalda desnuda a su lado, sus discrepancias, sus vellos, sus deseos, sus lunares, sus recuerdos, mi fetiche y mi añoranza.

Un hedor a casa vieja fiscalizada con trámites, envueltos en copias de color rosa. De odisea un martirio. De martirio una odisea. De firmas un oficio, de oficio firmas. De paciencia miedo, de miedo paciencia, de hartazgo sororidad.

Nuestros expedientes, pacientes ceros, estadísticas de gobierno, epidemiologías hechas cuerpos, cuerpos hechas clínicas; mi cuerpo un maniquí dispuesto,
mi cuerpo deseo entumido, mi cuerpo vivo, la entereza de ahogar la noche con otra noche más, la inocencia de necesitar un beso, una última gota de semen, una última caricia muerta.

Ya lo dice la poesía: "que palabra tan honda que encoge el corazón y nos lo aprieta", ya lo dice mi madre: "quiero ver que te alcance para el nescafé y mis hortensias, no quiero llorarte yo primero", ya lo dice mi amix: "te quise antes de que …"

Nosotros somos los del ano prieto. Hasta que la rabia dignifique y la ternura sepulte nuestro olvido.

# La sal no se pasa de mano en mano

Cilantro

*—hay gente que piensa que los hijos son cosa de un día*[1]
que es suficiente el uso del condón
la información a dos dedos de distancia
pero se me ha desplomado a mitad de la vida
existe algo viscoso en sus ojos
no sólo en los de él
también lo ví en el pico del buitre priapo
  algo de fauna  molusco  y  cicatriz
lo ví cuando el sol rojizo
desarmó sus alas
para estamparlo sobre esta marea de lenguas esmaltadas
¿el temor de un padre
será la vida de su hijx?
contemplo sus plumas
el miedo en su piel
se nombra

[1]Referencia a "Bodas de sangre"(1933) de Federico García Lorca.

***

[Positivo:]

1. Que es cierto o real, o no ofrece duda alguna.

2. Que produce algún beneficio o resulta favorable para algo.

***

¿A qué llamamos amor sobre esta esquina de la costa?

El corazón es laberinto y sal bajo esa esquirla ponzoñosa que fragua el miedo cuerpadentro

¿o será pluma

será gorgojo

será cristal

será poesía

esta condena que marca la torcedura liliputense de la patria que llevas en mi nombre?

***

[ ] En lengua de aves:

Enferma, vagabunda, que lleva la sombra pegada en el fondo de los ojos.

Escuché la palabra maricón a los siete años cuando defendía nuestra infancia del sistema de relaciones familiares que lleva por siglas el nombre de las tías. Fue en ese espacio tan pequeño y con el destello de una pantalla que hacía de salvaguarda de la partida de alquimia que jugaban en la mesa que de pronto apareció una marca escarlatina sobre la curva de mi lengua: la seda viscosa que decantaba el abdomen del modelo de ropa interior playboy que imaginaba desvestir desde la distancia o cualquier pizca de carne sugerente en la tele. En sus ojos surgió el relámpago: arribaron a la lista de cosas por conquistar: mi cuerpo y mi deseo:

¿Quién le explicaba al niño que positivo no es sólo la carga de un electrón?

[ ] En un sistema de poder:

1. “Ándale que así se siente más rico”.

2. “Eso les pasa por putos”.

# 24 horas de vida

Ary El Diablito

6:45 am. Nunca me di cuenta sino hasta el primer día que la luz del amanecer se descomponía en malva, no es naranja.

A veces llego a tiempo para verla, otras veces mi boca busca un oasis, semejante a mis borracheras antes de los dieciocho.

9:10 am. Como todo jugador de craps, soplo los dados en mi puño izquierdo para tener suerte antes de tirar.

Una moneda pasa cada día por mi garganta, en cuatro años mis entrañas se convirtieron en un oxidado tragamonedas.

No hay música, pero si fortuna, el sentir el frio de mis pies cada mañana.

Llevo la etiqueta de adicto a los juegos de azar en mi frente.

Como jugador de hueso colorado me gusta la adrenalina de creer que tengo el control.

Juego desde los diecisiete y aprendí grandes trucos a los diecinueve.

Solo sé dos cosas: confiar demás es mi jaque y el veinticinco no es mi número de la suerte.

En esto del juego siempre pierde el que quiere más, por ahora solo quiero otra taza de café con leche.

11:33 am. El trasporte público a veces es un mantra, depende de quien se siente a lado tuyo o sino olvidaste tus audífonos.

2:12 pm. Lo difícil de ver tu cara cada día frente al espejo de un baño es buscar los ojos de la persona que ayer viste.

No, es más difícil aceptar que todavía no he aprendido a rasurarme.

Antes de ponerme el cubrebocas noto pedazos semicortos de barba, creciendo como el pasto en el pavimento.

Cada cuarto creciente la luna me manda un daddy, aun así, nunca le he pedido que me enseñe el arte de las navajas.

Van pasando los años y con ellos el interés.

4:31 pm – 4:55 pm. La sal es bendita por ser medidora.

Sabiéndola administrar preparas un exquisito platillo y en exceso es advertencia.

Mientras busco mis brief me entretengo adivinando la manera en la que abordara el pago.

Soy de los pocos jugadores que ha aprendido que la regla en este juego de azar solo es una.

La única persona que se le hace daño cuando se pierde es a uno mismo.

7:35 pm. Aprecio más cuando la luna le hace el amor al sol que cundo este le toca ponerla en cuatro.

10:42 No creo en dios, pero me persigno tres veces con el primer cliente.

Afortunadamente hoy solo fue uno, desafortunadamente también.

12:00 am. Espero no tener insomnio esta noche, la conciencia reina cuando llega.

Lo malo, lo bueno y el futuro. Solo espero no dejar solo a mis perros, esos cabrones me aman sin hacer juicio.

# Guppys Reales

Anne Feta Minaj

Yo nací en el moridero
cuando nadie pensaba en la vida
mientras iban y venían
mis padres me contaban
cuando esto era un salón de belleza
las reinas hacían fila
para salir siendo diosas

Qué es este mal que a todes tira
por qué no nada junto a mí
qué es el fuego que arde a lo lejos
la sangre que mancha sus manos al toser

Dicen que donde hay penas antes hubo glitter
donde hay quejas olía a tintes y barnices
las uñas brillaban por sus colores
hoy todas son amarillas

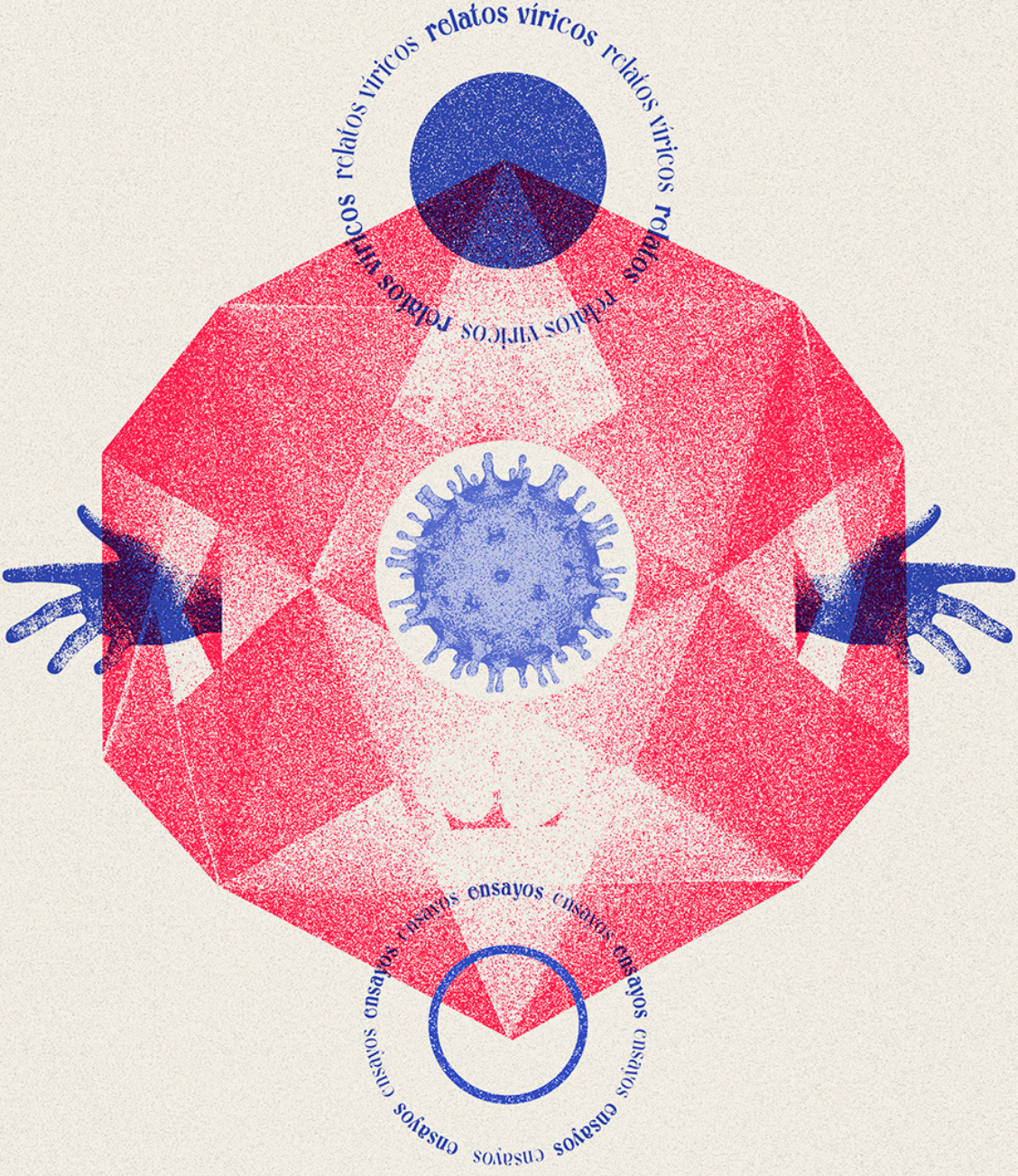
Sí yo nací
pero mis hermanes sobrevivirán (?)
en este estanque que cada día
traspasa la luz menos
donde vivo
el agua no vuelve a cambiar

Yo nací en el moridero
siendo un pez que nada mal
amando a los enfermos
que nos daban las migajas
de lo que se les iba terminando a les demás.

Ensayo

Ensayo

Ensayo


relatos víricos relatos víricos relatos víricos relatos víricos relatos víricos relatos víricos
ensayos ensayos ensayos ensayos ensayos ensayos

# Más allá de la metáfora

Daniel Juliette

*La vida cambia rápido. La vida cambia en un instante.*
*Te sientas a cenar; y la vida que conoces se acaba.*
*El tema de la autocompasión.*
-Joan Didion

No es posible pensar sin metáforas, éstas son la materia prima del entendimiento en casi todas sus facetas. Pensar con metáforas, como ya había apuntado Aristóteles, es percibir semejanzas, por lo tanto, hablar de bacterias, virus, enfermedades, síndromes y padecimientos es tratar con metáforas. Schopenhauer afirmaba que el ser humano es un animal metafísico, podemos extender la afirmación y decir que, el ser humano es un animal metafórico. El sida, como síndrome autoinmune, no escapa del lenguaje metafórico, al ser causado por un virus –VIH-, se identifica como un intruso, un extranjero indeseable, que inicia una guerra, provocando que las defensas del cuerpo se liquiden a sí mismas. Un síndrome, una enfermedad, un virus, nunca son vistos como tal.

Las metáforas más difundidas dentro de la cultura occidental para caracterizar una enfermedad provienen sobre todo de dos campos: la religión y la política. En la Ilíada, las enfermedades siempre aparecen como castigo de las divinidades, regularmente por la cólera de algún dios olímpico, piénsese en Apolo mandando una peste al campamento aqueo en el canto I; con la llegada del judaísmo, las enfermedades se atribuyeron a castigos merecidos y justos, por ejemplo, la sexta plaga mandada por Dios a los egipcios; las sanciones siempre van de acuerdo al pecador y su falta. En el siglo XX, y sobre todo con el psicoanálisis como terapia, el estado anímico, las pulsiones y por lo tanto, los padecimientos patológicos, dependían del carácter del paciente, Kafka creía que su tuberculosis se debía a que su estado mental se transportaba a sus pulmones.

Estas tres maneras de explicar el malestar del cuerpo, se determinan por hablar siempre de voluntades enfermas, y esto es peor al tratarse de padecimientos por transmisión sexual, pues el sexo, desde el cristianismo bizantino, se ha identificado como un tabú, por lo tanto, representa una imagen negativa. Aquel que contrae alguna enfermedad es el otro que no se sabe controlar, un castigo merecido por no domesticar su animalidad, al ser más frecuente en población LGBT+, el ser portador de VIH es atribuido a una sanción por sus prácticas desviadas, por relacionarse sexo-afectivamente fuera de la norma. El origen de las enfermedades, desde el punto de vista religioso tradicional, siempre

es identificado como una penitencia justa, pero el sida, como muchas otras enfermedades, no sólo es imaginado como horrible, sino que es puesto como denigrante y vulgar. Esta manera de abordar una experiencia patológica tan compleja como lo es el sida, ha servido para expresar groseras fantasías sobre la contaminación del alma o la psique, como también, mal transformar sentimientos relativamente complejos como la fuerza y la debilidad. Y aunque la medicina contemporánea poco a poco trata de abandonar la idea de la experiencia de un adentro (alma), que se hace manifiesto en un afuera (cuerpo), muchas personas siguen reafirmando esta absurda dicotomía, haciendo patente la ridícula idea sobre la existencia de una parte interior enferma, lo cual implica, a menudo, un sentimiento de vergüenza, convirtiendo síndromes patológicos en un secreto que se debe callar, no por elección, sino por una culpa impuesta del exterior.

Por otro lado, el lenguaje político, desde tiempos muy antiguos, se ha nutrido de imágenes patológicas para sus discursos, de la misma manera que la medicina ha tomado visiones políticas para tratar de explicar múltiples padecimientos; una simbiosis perversa, comprensible, pero necesariamente criticable. En la teoría clásica, se cree que la polis o el Estado es un organismo vivo perfectamente ordenado, y que el desequilibrio, desorden o caos en una de sus partes es sinónimo de enfermedad, la finalidad de por ejemplo, la justicia -al estilo de Platón-, es restaurar la armonía del

cuerpo, el pronóstico es siempre optimista, todo tiene tratamiento. Las revoluciones modernas propagaron las metáforas patológicas en su acepción negativa, los revolucionarios y reaccionarios, comenzaron a comparar por un lado, los disturbios como medidas necesarias para contrarrestar estados políticos que de continuar existiendo, la vida sería imposible; por otra parte, personajes como Edmund Burke argumentaron que los efectos de la revolución tan sólo eran úlceras abiertas, un estado de parálisis del que sólo se podía librar volviendo al antiguo régimen. En ambos casos, las comparaciones siempre son enfermedades mortales, sinónimo de extinción. Llegado el siglo XIX las metáforas patológicas se vuelven virulentas, demagógicas y extremas.

En el lenguaje político contemporáneo, siempre tan candente, la enfermedad ya no es un castigo, sino señal de mal, que de no prevenirse merece un castigo: el exterminio. Los movimientos totalitarios de izquierda y derecha nacidos en el siglo XX, apreciaron mucho las imágenes patológicas para sus discursos extremistas, el nazismo comparó a los judíos con la sífilis, mientras que kilómetros al norte, el estalinismo afirmó que los disidentes como Trotski, eran el cáncer de la Unión Soviética. Ninguna de estas comparaciones es gratuita, cada metáfora siempre alude algo mortal, ningún régimen utilizaría una imagen patológica si no creyera que la situación política es irremediable o vil. Decir que un fenómeno político es como alguna enfermedad, además de incrementar estigmas con quienes la padecen,

es incitar a la violencia, promueve el fanatismo. Nunca es ingenuo el uso de alguna metáfora patológica, pero si se trata de un virus o alguna enfermedad que se considera erróneamente mortal como el sida, la imagen va siempre acompañada de un total genocidio.

La metáfora más preocupante utilizada dentro de la medicina es la metáfora militar. Se escucha hablar una y otra vez de una guerra, el cuerpo, como zona absolutamente pacifica, es invadido por intrusos. La humanidad entera se encuentra siempre amenazada, en mira constante de terroristas invisibles; es menester de la medicina estar coordinando los ataques, es cuestión de médicos y médicas, estar al frente del fuego, y muchas veces las armas no son suficientemente sofisticadas para aniquilar al enemigo, lo único que nos queda son las defensas propias. Las personas están condenadas a perder o ganar la batalla. Este es el lenguaje habitual de la demencia política, con su habitual miedo a las sociedades plurales, es preocupante el uso de alusiones bélicas, pues justifica medidas más duras por parte del Gobierno para hacerse cargo de problemas de salud pública. El normalizar el uso de lenguaje militar para caracterizar múltiples enfermedades resulta en imágenes tendenciosas, buenas para paranoicos, fatalistas, transforma tácticas concretas de gobernabilidad pública en cruzadas demagógicas. El cuerpo no es un campo de batalla, no se está invadiendo a nadie. Una enfermedad debería ser sólo eso, sin embargo siempre hay más.

Se trata de idear metáforas perfectas para tratar de caracterizar el mal absoluto, pero el uso de metáforas patológicas sólo incita a simplificar lo complejo, invita al fanatismo, además, las personas que padecen la enfermedad nada ganan con escuchar constantemente todos los usos metafóricos que se le dan a su padecimiento. Sida es el nombre de un cuadro clínico de todo un espectro de enfermedades, implica la existencia de infecciones y otras malignidades, que sin embargo, se considera como única, pues su principio, a comparación de otros padecimientos, tiene una sola causa: VIH. Y, aunque en la actualidad, clínicamente el vivir con VIH no es mortal, en el imaginario colectivo, el contacto con dicho virus se considera abominable, sinónimo de muerte. La difusión de información científica actualizada, sumado a la des-metaforización del virus y sus cuadros clínicos, debe resultar en la liberación de estereotipos, pero sobre todo como forma de consuelo.

Sin tanta hipérbole de corte religioso, psicoanalítico, político, y sobre todo, militar, una persona con VIH/sida podría llevar una vida sin culpa ni miedo. Si nos abstenemos de usar metáforas patológicas, si comenzamos a ponerlas en evidencia, las criticamos, desgastamos y castigamos, nadie asumirá que un virus es símbolo de vergüenza. Hasta que eliminemos el artificio, las enfermedades como metáforas seguirán siendo muestra de nuestras negligencias políticas, la falta de profundidad para abordar nuestras angustias sentimentales, el resultado de nuestra manera tan pobre de encarar la muerte.

# Historia celestial del sida en México

Saturnina Herrán

Es el primer día de 1996. En las afueras de la Ciudad de México existe una clínica clandestina que ha sido utilizada por el gobierno para ocultar gente enferma y herida. En el pabellón del último piso se encuentra una persona conectada a un respirador, aún no ha muerto. Nadie lo sabe, pero ese cuerpo inmóvil que se pudre lentamente es el primer caso del sida en México. ¿Cómo ha sobrevivido al virus si fue infectado en 1978? Los fuegos pirotécnicos que pintan las garras del cielo tienen la respuesta.

El 04 de julio de 1976 se celebran los 200 años del Día de la Independencia en los Estados Unidos. Nueva York brilla como nunca antes, los marineros vienen de todas partes del mundo a celebrar. Ahí, en medio de la euforia, las risas, los besos y el amor se encuentra un chico haitiano asombrado por las luces pirotécnicas que dan color a la Estatua de la Libertad. El haitiano había nacido en Puerto Príncipe. La vida es dura y pronto tuvo que migrar de su hogar. El camino más rápido para huir se encuentra en Miami, a tan solo 90 minutos

si se toma un avión. El haitiano decide vender su sangre a un puesto falso de la Cruz Roja donde usan jeringas reutilizables.

El pinchazo es suficiente para incubar el virus. En la fiesta del 04 de julio, el haitiano conoce a una mujer afroamericana que le ofrece la oportunidad de trabajar como prostituto.

Dicen que su padre fue maldecido por una bruja. Cuando dio a luz, su madre trató de azotarlo contra el suelo, gritaba presa del horror "Eres el diablo. Estás maldito. Tú no eres mi hijo". Los habitantes pidieron a sus padres que nunca bajara al pueblo, entonces lo encerraron en una colina para que nadie pudiera verlo. Cuando creció le asignaron trabajo en las cosechas. Usaba pantalón con una sudadera holgada y una gorra que tapaba su rostro. Fue en la primavera de 1978 cuando conoció al haitiano que había migrado desde Nueva York. Él sabía hablar español, pero solo lo hablaba con el maldecido. Una noche, el haitiano saltó la reja para subir la colina, esperó a que el guardia se descuidara; los pobladores cuidaban las afueras del terreno porque creían que el maldecido podría embrujarlos. Pusieron un alambrado y asignaron a un guardia armado por si quería escapar, la orden era matar a todo aquel que intentara subir o bajar. El haitiano entró silencioso, tapó la boca del maldecido y comenzó a desvestirlo: "Uste e zun Herrmafroita". El maldecido guardó silencio, permitió que el haitiano le hiciera el amor. Esa noche, la criatura celestial y el virus se convirtieron en un mismo ser.

Habían pasado los años, eran mediados de los ochentas y Chiapas vivía una pobreza incomparable. Un día, llegaron camiones con símbolos de la cruz roja, empezaron a comprar sangre a 300 pesos por 500 mililitros. La madre apareció en la colina y se llevó al maldecido a su casa donde fue aseado y cambiado de ropas. Ahora era una mujer. Bajaron al pueblo donde nadie la reconoció. Al llegar al puesto su madre le susurró al oído: "mientras más sangre vendas, menos maldito estarás". Cada quince días su madre le llevaba a vender 500 mililitros hasta que su cuerpo colapsó. Era invierno, el maldecido tenía una fiebre que le carcomía hasta los pelos. Levantarse a mojar los trapos para untarlos en su piel provocaban un esfuerzo casi imposible, llegó un momento donde se desmayó. Ahí, en el suelo, los dioses, en su divina y a veces torcida mirada decidieron entregarle un mensaje; en el sueño era un león que había llegado hasta la región más desolada de Nigeria. En el sueño, fue capturado por 10 hombres que lo llevaron ante una mujer que le decían La bruja de Elba Esther. En el sueño, el líder de los Yoruba le acuchilló un ojo, le arrancó los genitales, le cercenaron la cabeza, le ofrecieron su sangre infectada a la bruja que sufría un orgasmo. Ese sueño era una profecía del futuro.

El tráfico de sangre había destruido un pueblo entero en el país de China, el virus mató a todos los pobladores que vendieron su sangre. La misma historia se repetiría en México dentro del pueblo Tzotzil del norte.

La enfermedad de la fiebre había invadido a sus habitantes sin explicación alguna. La madre del maldecido siempre era la primera en llegar al puesto de sangre para que nadie los viera. Decidida a explotar a su engendro lo llevó a la fuerza a vender sangre una vez más; demasiado tarde, los soldados habían tomado el pueblo. Un doctor revisó al maldecido, cuando le pidió desnudarse para el examen médico descubrió el aterrador secreto que había devorado el alma de aquella criatura celestial. Nadie sabe si fue un gesto de compasión, amor o lástima, pero el doctor decidió llevárselo a la Ciudad de México donde sería tratado. El destino del pueblo Tzotzil era inevitable, el sida mató a los habitantes y los sobrevivientes fueron ejecutados. El pueblo dejó de existir.

Los dioses le habían entregado un mensaje y él debía hacerlo llegar, pero la enfermedad había tomado su cuerpo. El maldecido formó parte de un experimento secreto por parte del doctor Isaac Goiz quien descubrió la cura del sida en 1988. A través de una serie de cartas, convenció al recién presidente Ernesto Zedillo Ponce de León de utilizar las instalaciones del Hospital "La Raza" para tratar con hombres homosexuales víctimas del sida. El tratamiento era conocido como La Terapia Biomagnética que consistía en someter al paciente a una serie de vibraciones eléctricas con potencias de 1,000 GAUSS durante una hora, las vibraciones ajustarían la energía interna y permitirían al cuerpo erradicar el virus. El experimento comenzó con 50 pacientes, pero

en cuestión de semanas comenzaron a morir. Justo en esos momentos una mujer conocida como Elba Esther Gordillo se encontraba en un mercado popular de Marruecos donde un clarividente le estaba leyendo los caracoles: "Nigeria, León, Chimpancé", fueron las tres imágenes de un mensaje aterrador: "tienes que matar a un león". En ese momento el maldecido cayó en el delirio, comenzó a sufrir la agonía del León.

La luna roja brillaba en lo profundo de la selva. Un león viejo que había sido exiliado de su manada se había enfrentado a un grupo de chimpancés. Su cuerpo se llenó de heridas y la sangre de los monos se mezclaba con su propia sangre, el virus penetró su sistema. Se comenzó a correr el rumor de que un león vivía a las orillas del río que dividía la tierra de Benín con la tierra de Nigeria; los yorubas lo capturaron, lo debilitaron a golpes, lo desnutrieron haciéndole comer gatos enfermos. Cuando sus fuerzas menguaron, el león fue entregado a Elba Esther como una ofrenda a un falso Dios. El león la miró por última vez antes de recibir un cuchillazo en el ojo. Entre todos los yorubas arrancaron sus genitales y cercenaron su cabeza. La bruja lamió los testículos, se bañó con su sangre, se regodeó de placer con esa sangre envenenada de sida, con la misma enfermedad que sufría el maldecido. La sangre y la carne del león asesinado pasó a ser alimento de muchos gatos que fueron traídos a México como parte del ritual satánico. En un accidente automovilístico en la carretera de Tijuana, varios gatos lograron escapar trayendo el Virus de Inmunodeficiencia Felina a México.

Era 1995 y los militares llegaron al hospital a destruir los experimentos del doctor Isaac quien había escapado a Ecuador para continuar con sus terapias biomagnéticas. Habían muerto más de 100 personas y el único sobreviviente era el maldecido quien perdió la razón, él sufría demencia a causa del sida. Los doctores sabían que era cuestión de tiempo así que les pidieron a los soldados desaparecerlo. Fue trasladado a las afueras de la Ciudad de México a una clínica clandestina donde ocultaban gente enferma y herida.

Llegó la mañana de 1996, la fiesta de año nuevo había terminado y el último lamento del maldecido podía escucharse a través de la habitación: "Dios, no quiero ir al infierno".

## Fuentes bibliográficas:


- Bechdel, Alison, “Fun Home. Una familia tragicómica”, Estados Unidos, 2006.
- Goiz Duran, Isaac, “El sida es curable”, México, Xalostoc, 1993.
- González-Fernández VD y Cols. “Detección molecular en México del virus de inmunodeficiencia felina”, México, AMMVEPE, Vol. 27 No. 1, 2016.
- Lianke, Yan, “El sueño de la aldea Ding”, China, 2013.
- Olmos, José Gil, Los brujos del poder. El ocultismo en la política mexicana, México, Debolsillo, 2009.
- Quammen, David, “Contagio. La evolución de las pandemias”, Estados Unidos, 2012.
- “Informe Final de la Consulta sobre VIH-SIDA y Pueblos Indígenas en Áreas Fronterizas”, México, Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas, 2011.

# Vida, control y muerte: biopolítica del VIH/SIDA

Resilience y Tanaki

A partir del descubrimiento del VIH/SIDA, el Estado ha construido una serie de biopolíticas que permiten categorizar a los cuerpos para después moldearlos y encuadrarlos en los estándares de los socialmente aceptado. Estas biopolíticas se enfocan en dos aspectos: la medicalización de los cuerpos y la estigmatización de los infectados. En 1981, en California se registró el primer caso clínico de VIH, el cual fue el primer diagnóstico del virus en el mundo, desde ese momento fue notable el aumento de personas contagiadas con el virus. La década de los 80 estuvo plagada de gran incertidumbre en torno a esta enfermedad, y de gran estigmatización hacia ciertos sectores de la población (personas homosexuales, trans y sexoservidoras) (El Universal, 2018).

La enfermedad no contaba con un nombre clínico, y se le denominaba "cáncer gay" o "peste rosa". No fue sino hasta 1983 que un grupo de científicos publicó en la revista Science el descubrimiento del virus, al que llamaron Virus de Inmunodeficiencia Humana (VIH); y hasta 1985 cuando se aplicó la primera acción política en el mundo para diagnosticar y prevenir la enfermedad (Linde, 2018).

En 1987 la Organización Mundial de la Salud (OMS) instituyó un programa especial sobre SIDA, y se aprobó el uso del primer tratamiento antirretroviral, zidovudina. Sin embargo, este tratamiento no se encontraba al alcance de todos por su alto costo y por el estigma que se había generado en torno a las personas infectadas, además, la medicalización generaba graves afecciones a la salud por su consumo continuo (MedlinePlus, s.f.).

A pesar del avance de las campañas contra el VIH/SIDA, aún queda el cuestionamiento sobre hasta qué punto estas campañas, los tratamientos, e incluso el hecho de que los Estados no hagan nada respecto a la epidemia, son consideradas como mecanismos biopolíticos y de biopoder para la subordinación de los cuerpos.

Las biopolíticas se plasman a través de las políticas de la salud. Foucault establecía que el nacimiento del biopoder comenzó con las políticas de educación sobre higiene para la conformación de un ciudadano biopolítico. Dichas campañas buscan el disciplinamiento del cuerpo, además de la regulación de la vida a través de la sexualidad. Esto dio lugar a políticas de tratamiento de la enfermedad a través de la higiene personal y la medicalización. Así se construyó una red de vigilancia en torno al sujeto. En la actualidad este aspecto sigue vigente, aunque el acento está puesto en la prevención, entendida ésta como estrategia de control social. El individuo pasa a tomar un rol central en cuanto el Estado delega la responsabilidad sobre el propio cuerpo.

De acuerdo con Sibilia, las medidas preventivas son consideradas como herramientas del poder. Por eso, las estrategias de biopoder que apuntan a la prevención de VIH/SIDA pasaron de estar enfocadas únicamente en homosexuales, personas trans y sexoservidoras a involucrar a todos los sujetos a lo largo de toda la vida. (Sibila, 2005)

El Estado se encarga de la construcción de la normalidad a partir de la biopolítica, entendida como un tipo de administración del cuerpo operada por el Estado como actor regulador a partir del establecimiento de trayectorias de lo deseable. Lo normal constituye un marco estandarizado a partir del cual se somete a los cuerpos; la medicina es quien construye parámetros de normalidad distinguiendo al cuerpo sano/normal del enfermo/anormal. Los conocimientos que posee la ciencia médica le permiten ejercer poder sobre el cuerpo. La medicalización y el testeo son instrumentos que pretenden evidenciar la anormalidad para luego encaminarla hacia lo establecido como normal.

De acuerdo con el discurso biopolítico, el examen para la detección del VIH tiene una función normalizadora: "es una vigilancia que permite calificar, clasificar. Establece sobre los individuos una visibilidad a través de la cual se los diferencia" (Foucault, 2008). En el caso del VIH, el testeo cumple la función práctica de observar y clasificar a los individuos bajo la norma infectado/no infectado.

La condición de sano/normal no es permanente ni fija, sino que debe ser comprobada constantemente. Como afirmaba Deleuze en Posdata sobre las sociedades de control, en las actuales sociedades de control "nunca se termina nada", la ratificación de la condición de sano/normal se vuelve algo permanente y necesario (Deleuze, 1990). La universalización del examen para la detección del VIH/SIDA pone de manifiesto que cualquier individuo es potencialmente un sujeto peligroso (ya que puede contagiar a otros), y al mismo tiempo en víctima (ya que él mismo puede estar infectado).

Es importante resaltar que la prevención es el eje central dentro de las políticas desarrolladas en torno al VIH/SIDA, porque permite justificar y atar al cuerpo a controles indefinidos de salud. Esta es la corriente que hoy en día prevalece en lo que se entiende como "imperativo de la salud", donde no se privilegia la cura de una enfermedad, sino la anticipación a su desarrollo, y posibilita la creación de nuevos dispositivos de control sobre el cuerpo.

Cuando los mecanismos de prevención han fracasado y el individuo resulta VIH+ en el testeo, es necesario recurrir a nuevos mecanismos biopolíticos para el control del cuerpo, enfocados principalmente a la no-transmisión del virus por parte de los cuerpos anormales/enfermos. Una mejor calidad de vida es posible, pero el paciente tiene responsabilidad sobre sí mismo, pero, sobre todo, ahora tiene una responsabilidad que antes no tenía con el resto de la población. En el ejemplo se ve claro lo que para Foucault son dos caras de la misma moneda: saber-poder (Foucault, 1978).

¿Quién tiene la autoridad para decirle al individuo que está infectado, y quién para designar al nuevo sujeto anormal la responsabilidad sobre sí mismo y sobre los demás?

El lugar de poder, el discurso dominante, o el actor que se encuentra en situación de poder es quien tiene el conocimiento, es decir, los médicos. Cuando éstos detectan el virus, ese conocimiento deja de ser del individuo afectado porque refiere a una epidemia que puede afectar a otros, ahora el individuo depende de una autoridad mayor. Este movimiento de información es posible porque el discurso médico dominante es el único que se afirma con el conocimiento requerido (y por tanto con la autoridad necesaria) para el control del cuerpo enfermo/anormal. El cuerpo médico, a partir del conocimiento del sujeto infectado, puede llevar a cabo los mecanismos biopolíticos para incorporar al cuerpo anormal dentro de los parámetros de normalidad. Es decir, el saber del que se apropia la medicina permite la acción sobre los cuerpos, y al mismo tiempo la legitima.

La biopolítica construye una dicotomía entre el cuerpo y el ser; una fragmentación entre el cuerpo y su esencia (Bustamante, 2011). En el caso con las personas con VIH/SIDA, las biopolíticas los obligan a sufrir una muerte doble; por un lado, la muerte corporal: los infectados se enfrentan al deterioro del cuerpo ocasionado por la falta de atención médica adecuada. El debilitamiento del cuerpo eventualmente se convierte en la muerte del cuerpo. Por otro lado, el portador de VIH/SIDA se enfrenta a la muerte social: el rechazo por parte de la sociedad al considerarlo infeccioso y peligroso, la discriminación y el abandono emocional.

Desde la construcción del Estado moderno, este se ha planteado distintas formas de restringir y controlar a la población a través de mecanismos e instituciones que fungen como categorizadores mediante la reproducción de ideologías que separan a lo normal de lo enfermo, que invisibilizan y excluyen a las corporeidades que no cumplen con lo establecido como lo normal. Entonces, mediante esta patologización y esta dicotomía entre lo sano/lo enfermo, se establece una institucionalización de la enfermedad que mediante la medicalización y las instituciones de salud buscan regular y controlar a la población a través de la sexualidad y la reproducción.

Se habla pues de las pruebas de VIH que buscan categorizar al que está sano del que está enfermo, para así mediante la medicalización que es entendida como el biopoder se busca la regulación no solo del virus, sino del cuerpo que le posee.

## Referencias bibliográficas:


- Bustamante, M. (2011). Viviendo con VIH, muriendo con SIDA. Quito: FLACSO.
- Deleuze, G. (1990). Posdata sobre las sociedades de control. En G. Delueze, Conversaciones (págs. 277-283). Valencia: Editorial Pre-Textos.
- El Universal. (20 de octubre de 2018). Cuando el VIH llegó a México en los años 80.
- Obtenido de El Universal: (https://www.eluniversal.com.mx/mochilazo-en-el- tiempo/cuando-el-vih-llego-mexico-en-los-anos-80
- Foucault, M. (1978). La verdad y las formas jurídicas. Barcelona: Gedisa.
- Linde, P. (19 de mayo de 2018). 35 años del descubrimiento de aquel extraño y mortal virus. Obtenido de El País: https://elpais.com/elpais/2018/05/16/planeta_futuro/1526425640_348314.html
- MedlinePlus. (s.f.). Zidovudine Injection. Obtenido de MedlinePlus: https://medlineplus.gov/druginfo/meds/a601168.html
- Sibilia, P. (2005). El Hombre Postorgánico. México D.F: Fondo de Cultura Económica.

# NI ASÍ NOS RENDIMOS, NI POR MÁS NOS CALLAREMOS

VILLANOVORRUTIA

*Se asegura que el sida es un virus de laboratorio experimental de la guerra biológica y que se escapó de control.*

*Con sospechosa ideología, fue señalado al principio racialmente y luego se le dio una preferencia erótica.*

*El ansia de la guerra acabó con la liberación sexual, que era la paz.*

Jorge Arturo Ojeda, Esfera

Somos el rescoldo de un pasado violento. La lesión que sangra de a poco. El momento que se desvanece en la historia para merodear, como un susurro, en el presente. Somos el producto final de una triada sanguinaria: exterminio, movilidad y guerra. Somos el futuro que otros desearon, el reflejo de la esperanza, la certeza de lo efímero, el opuesto de lo incólume. No tenemos un camino seguro ni existe un rumbo definido que nos lleve ante la muerte sin heridas.

El sendero es lastimoso, y para nosotros, los desafortunados hijos de la sodomía, la peste rosa es el calvario; la peripecia médica; la mordaza que llama al silencio; pero, también, el instrumento que afina una voz, la nuestra, la homosexual.

Démosle el apelativo que nos venga en gana, SIDA, VIH, bicho, peste rosa, inclusive, si lo condenemos al silencio, es innegable que el colectivo LGBTQ+, en especial el abanico de varones, hemos padecido sus estragos.

Al sabernos seropositivos nos encontramos ante esa bifurcación donde el pasado se disuelve como una triste nota, y tanto presente como futuro se nos manifiestan inestables, sino para siempre, sí durante los primeros meses después del diagnóstico, pues más allá de los avances, la simple confirmación de ser portadores es ya una transgresión. Pero somos más perras que bonitas, y aunque comprendemos que nuestro cuerpo le ha dado la bienvenida al virus nacido en la década de los ochenta, no nos vencemos. Quizás podemos llorar, culparnos, maldecir a aquel que nos ha regalado el positivo don o victimizarnos; no obstante, luego del drama, nos levantamos, y ya sea que guardemos el secreto o lo echemos al río descontrolado de las redes sociales, nos presentamos reconfigurados. Como Casona tuvo a bien escribir: “muerta por dentro, pero de pie como un árbol”.

Al diagnóstico le sigue un esquema de antirretrovirales que, a menudo, adormece el apetito sexual. Esta pausa forzada en nuestro ser erótico tratamos de hacerla lo más breve posible, pues no de pan vive el hombre ni de fantasías la bestia libertina que habita entre las piernas. ¡Que muera todo, menos el sexo! Como animales medianamente razonables estamos dispuestos a sacrificar ciertos hábitos o costumbres, es más, los daríamos en ofrenda para salvaguardar nuestra persona, no así con el sexo. Ese es nuestro. No podemos permitir a fármaco alguno que nos arrebate ese apetito carnal que ha distinguido a los amantes del cruising. Ello, pese a la obnubilación que suele envolvernos en el justo momento cuando más necesitamos ser precavidos y prudentes, en ese acto en el cual recibimos, o vaciamos, según sea el caso, la blanca semilla viril. Nos pueden arrebatar todo menos ese momento de libertad, de paz, de comunión. Si nuestra salud ya ha sido vulnerada, no nos hemos permitido, ni lo haremos, que la libertad del sexo se vea mancillada por ese virus al que ahora llamamos bicho.

Así como al placer, defendemos también nuestra voz. Ya nos sabemos parte de un porcentaje mortífero que, día a día, se incrementa; pero ni cifra, ni culpa, ni estado de salud han logrado acallar esa voz que lo mismo grita de placer desde las trincheras de un cuarto oscuro como en las calles. La voz emanada por aquellos que se atrevieron a defender su espíritu dicharachero no fue silenciada cuando se nos calificó de cuilonis, nefandos,

sodomitas, lagartijos, amanerados u homosexuales; ni cuando nuestros antepasados minimizaron al afeminado convirtiéndolo en una etapa de educación sexual para aquellos varones pertenecientes a la clase alta; ni cuando el gobierno de nuestro país buscaba en el varón la masculinidad para hacer de México un territorio moderno; ni cuando se nos reprimió y ridiculizó en afamado baile de los cuarenta y uno; ni cuando la población del colectivo mermó a consecuencia de este deletéreo virus, ni cuando el sistema de salud se volvió un deforme hijo mal sano, ni cuando hemos visto morir a nuestros queridos por una mala y ambiciosa estrategia de abastecimiento de antirretrovirales. Ni así nos rendimos, ni por más nos callaremos.

Muchos fueron los que se atrevieron a jugar con la experiencia homosexual para, con ello, propiciar una tradición de la cultura gay, y por ende, de las consecuencias que el VIH causó. Barbachano Ponce, Cóccioli, Novo, González de Alba, Zapata, Monsiváis, Blanco, Coral Bonelli, Ferretis, Ojeda, Samperio, Bellatín, Calva, Osorno, Peralta, La Mema, Bohórquez, Algarra, Francis, Villaurrutia, García Reyes, Maza, Medellín, Dimayuga, Hermosillo, Páez. Personalidades, por decir algunas, que desde la individualidad de su labor fomentaron una voz que ahora nos distingue y representa. Personalidades que tomaron del colectivo las reapropiaciones que se lograron del lenguaje corporal y oral para reflejarlas en sus labores e inmortalizar nuestra historia. Sí, tenemos historia. Es así como sabemos de los

efebos, de los chichifos, de los lagartijos, de los cuilonis, de las vestidas, de las manfloras, de los transexuales, de los cuartos obscuros, de las machorras, de los jotos, de los queer, de los bares de moda, de los bisexuales, de las revueltas, de las extorsiones, de los asesinatos, de las violaciones, de los encarcelamientos, de los desterrados de sus hogares, de los que dieron asilo a sus nuevos hermanos, de los muertos por una extraña enfermedad, de los despidos, de los suicidios, de los antirretrovirales, de los amantes muertos, de los desconocidos en desgracia, de la familia ausente, de los amigos que cuidaron de sus amigos, de los cuerpos agotados, de los rostros secos, de las venas desaparecidas bajo una piel que como piel nada cubría, de un nuevo sarcoma, de una infección oportunista, del rostro de la muerte y la esperanza, de los avances médicos, de la ayuda de un desconocido, de las campañas de prevención, de las reticencias religiosas, de la pruebas rápidas, de una elevada esperanza de vida, de un frente homosexual, de un amor serodiscordante, de una locura llamada PREP y de otra, peor, llamada VIH. Es así nuestra historia, una secuencia de motes y hechos, es así como recordamos nuestro calvario para hablar de él y reírnos de él.

Pese a que está ahí, nuestra historia, es asequible que la mayoría de nosotros comencemos a olvidar el pasado y las condiciones en que surgió la peste rosa, misma que ahora se nos presenta como una amiga imprudente y confianzuda. Podría suceder, también, que el pasado se nos presente confuso entre los vericuetos

de la historia, pero basta con volver la mirada para encontrarnos con aquel rostro dicharachero, brillante, sexual y despreocupado de etiquetas que permitió la reconfiguración de lo homosexual a lo gay; pero al mismo tiempo con el rostro protagonizado por la enfermedad, la soledad, la represión, el castigo y la muerte. Semblantes que son parte de una realidad configurada de tal manera que es imposible ver a uno sin enfrentarse al otro. Una realidad que exige, para no consumirse a sí misma una voz que haga eco.

Cuando la humana naturaleza pretenda arrebatarnos los anales de la homosexualidad, bastará con prestar atención a nuestra voz, que es la manifestación colectiva de aquellos que se resistieron a ser silenciados, susurrándonos al oído los momentos que nos trajeron hasta aquí. Entonces, después de un breve suspiro, ubicaremos el motivo necesario para gritar que seguimos de pie y con la certeza de no querer desarticular las siglas VIH ni SIDA, porque aún en toda su violencia atesoran una manera de sentir y de vivir la experiencia homosexual y el ser seropositivo.

Hablamos en el pasado y hablaremos ahora. Lo haremos, aunque algunos de nosotros esquivemos los zarpazos de la muerte y aunque a otros ésta les de alcance. Así es la condición humana, así somos los desterrados hijos de la masculinidad.

# Tríptico de nuestra enfermedad

Prenda del Alma

## I

Nací un otoño del 96, en un pueblo de Jalisco. Nací quince años después de la primera publicación científica sobre el sida. Después de los miles de homosexuales muertos que se enfrentaron a una enfermedad innombrable e invisible. Nací después de que la sociedad decidiera que el sida era un padecimiento exclusivo de hombres homosexuales.

En mi infancia y adolescencia escuchaba la palabra sin saber ni imaginar lo que significaba, pese a mi ignorancia, sabía que era algo malo, algo grave, algo que yo no querría tener. Sida era una palabra de cuatro letras que encerraba un misterio peligroso, algo que nadie me explicaba.

Crecí con esa duda y muchas otras. No conocí a nadie a quien pudiera preguntarle, ¿qué es el sida? Tampoco pude preguntar sobre los niños y mis ganas de estar cerca de ellos, de besarlos. Mi infancia fue un bosque de risas sembradas en las dudas. Fue en secundaria cuando una maestra de Biología intentó explicarnos todo sobre enfermedades de transmisión sexual.

En la clase aprendí poco, sólo lo grotesco: genitales afectados por chancros y otros padecimientos visibles. La maestra hablaba de métodos anticonceptivos y de sexo "seguro". Gracias a esas clases aprendí que el sexo era peligroso y que era una práctica exclusiva entre hombres y mujeres. Del sida, nada nuevo, sólo que ahora lo nombraban VIH, la maestra prefería esa expresión, quizá porque para ella sida era la sentencia de muerte más breve del mundo.

Cuando era adolescente, me gustaba preguntarlo todo. Sin embargo, cuando se trataba del sexo, aparecían barreras que imposibilitan la comunicación. Primero, porque el sexo es incómodo cuando es teórico e informativo, y cómodo cuando es pornográfico y de consumo. Yo pensaba en los cuerpos masculinos y en los femeninos, invariablemente, pero gracias a mi educación católica, sabía muy bien que la homosexualidad era un pecado grave.

Me atemorizaba la idea de tener sexo y enfermarme, o peor aún, tener sexo con un hombre e irnos, juntos y sin escalas, al infierno. Pero eso no me detenía, yo pensaba cómo se verían todos mis compañeros desnudos, quién tendría el pubis más peludo, quién tendría las nalgas más bonitas. En lo privado de mi mente no había enfermedad ni condena, lo enfermizo y lo punitivo estaba afuera.

Por otra parte, en el catecismo usaban mucho la palabra "infierno" aunque nadie lo definía ni lo especificaba, algo parecido a la maestra de Biología y su larga lista de enfermedades venéreas que era incapaz de describir

y, peor aún, de prevenir. Parece que las condenas físicas y espirituales sólo pueden ser nombradas por quien las padece. El infierno y el sida tenían en común ser una abstracción atemorizante, un abismo de posibilidades, un eterno castigo.

II

Llegué a la información sobre el VIH de la misma forma que llegué al sexo: por mi propia mano. Tenía catorce o quince años y me gustaba leer. Sabía buscar información en internet y ya estaba seguro de que dos hombres podían tener sexo entre sí y disfrutarlo de manera extraordinaria, por más contranatura que fuera.

Cuando uno busca sobre el VIH, muchos eufemismos aparecen: "la epidemia rosa" "el cáncer gay", y otros epítetos más punitivos y bíblicos como "la enfermedad de los sodomitas". Entonces lo entendí: no se hablaba del VIH por la misma razón que no se hablaba de los homosexuales. También entendí que el sida era una enfermedad de gays y para gays y que si yo, en algún momento, tenía sexo con un hombre, seguramente me enfermaría. A los quince años estaba convencido que el VIH era culpa de todos los homosexuales del mundo, especialmente de los estadounidenses. Pensaba que Estados Unidos era un gran paredón de sodomitas enfermos esperando su muerte, desde mediados de 1980.

Después vino el cine, la literatura y los documentales. Después vinieron los amigos con los que hablábamos de sexo omitiendo la penetración y el deseo. Después vinieron las compañeras embarazadas. Después, todo aquello que podía salir mal, salió mal. En ese momento ya sabía que el VIH se transmitía por la sangre, en una transfusión, una herida, una jeringa; que podía ser congénito de madre a hijo y, claro por contacto sexual entre hombres y mujeres y hombres y hombres. Pero a pesar de que miles de heterosexuales han muerto -y lamentablemente seguirán muriendo por el virus- tal parece que la enfermedad sigue siendo exclusiva de homosexuales, porque somos nosotros quienes escribimos, quienes reclamamos, quienes tememos, quienes después de coger pensamos ¿y si algo salió mal?

III

El primer libro que leí donde había homosexualidad fue De profundis, de Oscar Wilde, aprendí que Oscar, enfermo y condenado, sufría por amar a otro hombre. Gracias a ese pequeño libro supe que el amor entre hombres implicaba una larga serie de infracciones y condenas. Años después, supe que Oscar Wilde murió en una prisión inglesa de una "extraña" enfermedad. Wilde murió en 1900, en aquel año no había registro del VIH ni nada parecido. Existía, por supuesto, el castigo por ser hombre y amar a otro.

Después, mi vida como lector siguió homosexualizándose de forma aleatoria, circunstancial y afortunada. Compré El beso de la mujer araña, de Manuel Puig. También había personajes gays. En esa novela no había sida

evidente, aunque las marcas sociales y discriminatorias sobre un joven argentino homosexual estén ahí. Ese libro me llevó a otros, y supe que los gays escribían sobre ellos mismos, algunos con mucha seriedad, como Thomas Mann, otros de forma muy libre y cínica, como Virgilio Piñera, Reinaldo Arenas o Luis Zapata. Pero no había encontrado textos que tomaran al toro por los cuernos. El toro es el sida y los cuernos son la muerte, hasta que encontré Poesida del poeta mexicano Abigael Bohórquez. Después encontré Salón de Belleza, de Mario Bellatin. Y encontré, un libro que destaco entre el resto, Loco afán: Crónicas del sidario de Pedro Lemebel.

En las crónicas que integran Loco afán, supe que cuando alguien muere de sida tiene malestares aleatorios, padecimientos que destruyen el cerebro, el estómago, los pulmones, fiebres delirantes. Gracias a ese libro supe que un marico muerto de sida, sigue teniendo nombre, rostro, familia e historia. En aquellos años noventa que vivió Lemebel, los tratamientos eran escasos e inciertos, y, en cualquier caso, costosos. La máxima aspiración era una muerte digna y acompañada, como En salón de belleza, de Bellatin. Por aquellos años, los escritores sólo podían darle memoria y lágrimas a sus muertos.

Por el miedo, por la culpa, por el infierno terrenal que nos han hecho creer que es nuestro, algunos homosexuales combatimos la tentación hasta el límite. Es una batalla que dura años, una larga serie de negativas, de justificaciones.

Una mentira propia que, pensamos, puede protegernos de lo que hay afuera; una armadura, una especie de escudo que tarde o temprano se oxida y nos libera.

La primera vez que tuve sexo con un hombre pensé en las pústulas, en las diarreas, en los morideros, en la enfermedad. Ese momento, que debía ser erótico, emocionante y personal, se volvió un collage de imágenes ajenas, despersonalizadas y atemorizantes. Tenía miedo de los hombres, de su cuerpo, de sus enfermedades.

Pese al pánico, la histeria y el síndrome de persecución viral, el sexo siguió. Una noche, un buen amante y yo tuvimos sexo sin protección. Piel con piel, mi sangre acarició su sangre. Apenas amaneció, pensaba en la enfermedad, en las enfermedades. Una tormenta de ideas y miedos que sólo pudo disipar –meses después- una prueba de sangre. Con el sobre en la mano y el resultado negativo, pensaba en la suerte, en las posibilidades, en los riesgos... Y ahora, a pesar del condón, de los tratamientos, de la evolución biomédica, cierto miedo sigue ahí, como una sombra, una marca, un accesorio que nos condiciona el amor y la vida.

Dirección editorial: Axel Rodrigo Bautista Pérez
Coordinación editorial: Alan Betanzos y Rogelio Valerio Rivera
Diseño editorial: Rogelio Valerio Rivera
Diseño de ilustraciones y portada: Alan Betanzos
Coordinación de concurso: Axel Rodrigo Bautista Pérez

**Colaboradorxs:**
Antonio Bertrán Rodríguez
Luis Manuel Arellano Delgado
Mildred Pérez de la Torre

**Cuento y relato:**
Luis Lunes
Miguel Parpadeos
Hantu
Océlotl
Conejo Gutiérrez

**Poesía:**
Ahsoka Borderline
Dashera
Cilantro
Ary El Diablito
Anne Feta Minaj

**Ensayo creativo**
Daniel Juliette
Saturtina Herrán
Resilience y Tanaki
Villanovorrutia
Prenda del Alma

**Jurade Calificador:**
Antonio Bertrán Rodríguez
Joaquín Hurtado
Jennifer Rubio (Ciguapa)
Gizeh Jiménez
Luis Manuel Arellano Delgado
Jorge Pedro Uribe Llamas
Mildred Pérez de la Torre

inspiracambioac
inspiracambio.org
sacateladuda.inspiracambio.org

inspira

SÁCATE · LA DUDA